

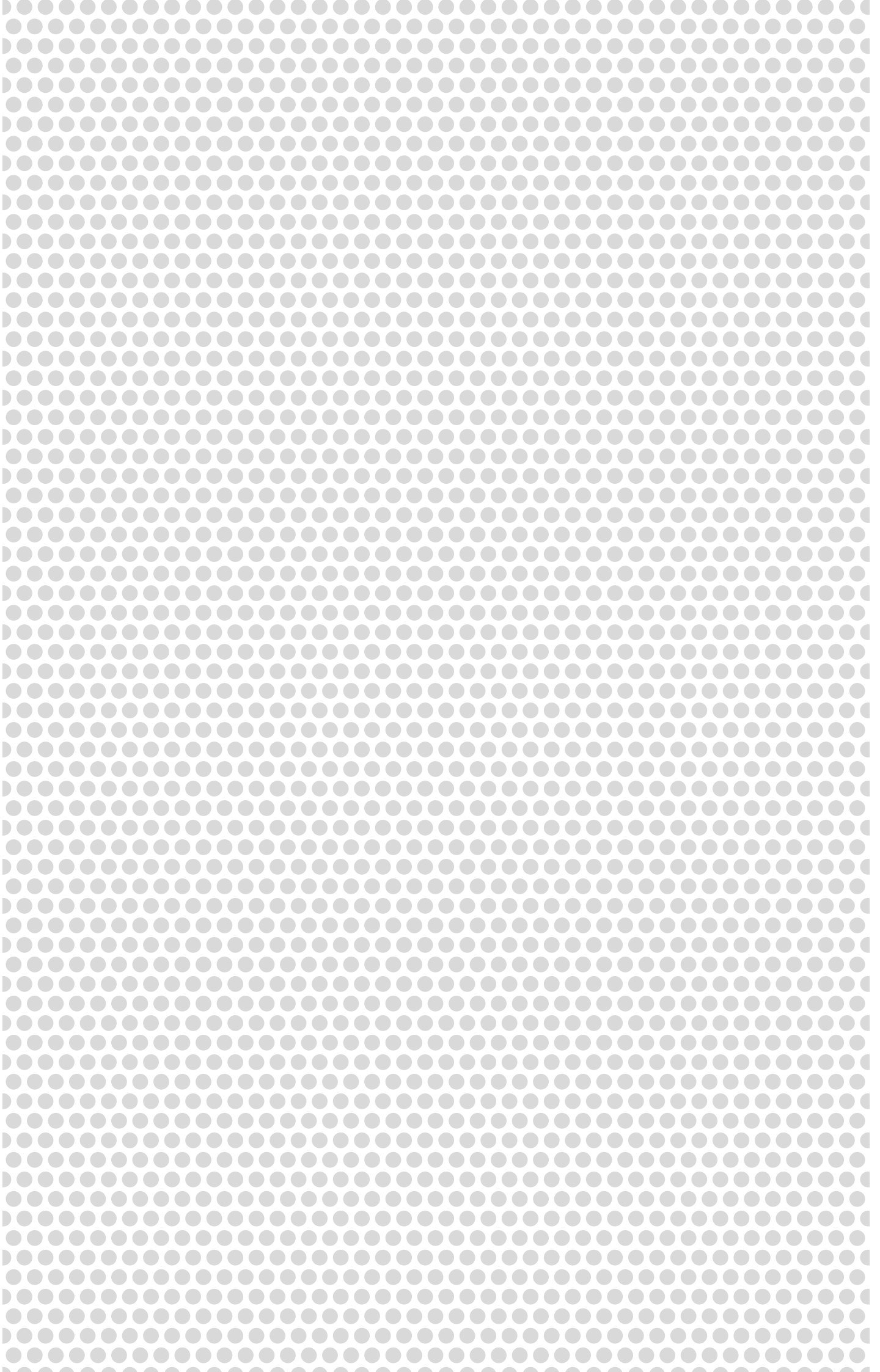


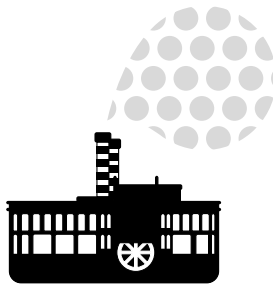
Hoyos

Louis Sachar

Ilustraciones
de Jorge Monlongo







EL BARCO
DE VAPOR

Hoyos

Louis Sachar

Ilustraciones de Jorge Monlongo



Primera edición: octubre de 1999
Trigésima quinta edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Holes*
Traducción del inglés: Elena Abós

© del texto: Louis Sachar, 1998
© de las ilustraciones: Jorge Monlongo, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8934-4
Depósito legal: M-9005-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Sherre, Jessica, Lori, Kathleen y Emily.

*Y a Judy Allen,
profesora de quinto de primaria,
de quien todos podemos aprender.*

PRIMERA PARTE

PRÓXIMA PARADA:
CAMPAMENTO LAGO VERDE

● 1

EN EL CAMPAMENTO LAGO VERDE no hay ningún lago. Antes había uno muy grande, el lago más grande de todo Texas. Pero de eso hace más de cien años. Ahora es solo una llanura de tierra reseca.

También había un pueblo en Lago Verde. El pueblo se marchitó y se secó junto con el lago y la gente que vivía allí.

En el verano, durante el día, la temperatura ronda los 35 grados a la sombra, si es que encuentras una sombra. En un enorme lago seco no suele haber mucha sombra.

Solo hay dos árboles, dos viejos robles, en la orilla este del «lago». Entre los dos árboles hay tendida una hamaca y, detrás, una cabaña de troncos.

Los campistas tienen prohibido tumbarse en la hamaca. Pertenece a Vigilante. La sombra es suya.

En el lago, las serpientes de cascabel y los escorpiones encuentran sombra bajo las rocas y en los hoyos que cavan los campistas.

Más vale recordar esta regla sobre las serpientes y los escorpiones: si tú no los molestas, ellos no te molestarán a ti.

Normalmente.

Que te muerda un escorpión o incluso una serpiente de cascabel no es lo peor que te puede pasar. No te mueres.

Normalmente.

A veces un campista intenta que le muerda un escorpión, o incluso una serpiente de cascabel pequeña. Así consigue pasar uno o dos días recuperándose en la tienda, en lugar de tener que cavar un hoyo en el lago.

Pero que te pique un lagarto de pintas amarillas no es buena idea. Es lo peor que te puede pasar. Tendrás una muerte lenta y dolorosa.

Siempre.

Cuando te muerde un lagarto de pintas amarillas, si te apetece puedes ir a la sombra de los robles y tumbarte en la hamaca.

Total, ya no te pueden hacer nada.

● 2

PROBABLEMENTE EL LECTOR se estará preguntando: ¿por qué iría la gente al Campamento Lago Verde?

La mayoría de los campistas no tuvieron elección. El Campamento Lago Verde es un campamento para chicos malos.

Si coges a un chico malo y lo pones a cavar un hoyo todos los días bajo el sol abrasador, se convertirá en un chico bueno.

Eso pensaban algunos.

Stanley Yelnats pudo elegir. El juez le dijo: «Puedes ir a la cárcel o al Campamento Lago Verde».

Stanley venía de una familia pobre. Nunca había ido de campamento.

● 3

STANLEY YELNATS era el único pasajero del autobús, sin contar al conductor y al policía. El policía estaba sentado junto al conductor con el asiento vuelto de cara a Stanley. Tenía un rifle sobre las piernas.

Stanley iba unas diez filas más atrás, esposado al reposabrazos. Su mochila estaba en el asiento de al lado. Contenía cepillo y pasta de dientes y un estuche de material de escritura que le había dado su madre. Le había prometido escribir al menos una vez a la semana.

Miró por la ventanilla, aunque no había mucho que ver, aparte de los campos de heno y algodón. Un largo viaje en autobús hacia ninguna parte. No había aire acondicionado y el aire caliente y pesado era casi tan sofocante como las esposas.

Stanley y sus padres habían intentado disimular, fingiendo que solo se iba de campamento por una temporada, como los niños ricos. Cuando Stanley era más pequeño, solía jugar con animalitos de peluche e imaginaba que estaban de campamento. El Campamento Diversión y Juegos, lo llamaba. A veces los ponía a ju-

gar al fútbol con una canica. Otras, celebraban una carrera de obstáculos, o hacían *puenting* desde la mesa, atados con gomas elásticas rotas. Ahora Stanley intentó imaginar que iba al Campamento Diversión y Juegos. Quizá hiciera algunos amigos. Al menos, podría nadar en el lago.

En casa no tenía amigos. Estaba bastante gordo y los chicos del colegio solían burlarse de él por su corpulencia. A veces incluso sus profesores hacían comentarios crueles sin darse cuenta. En su último día de clase, la profesora de Matemáticas, la señora Bell, estaba explicando las proporciones y, a modo de ejemplo, escogió al chico más pesado y al más ligero de la clase y los hizo pesarse. Stanley pesaba tres veces más que el otro chico. La señora Bell escribió la proporción en la pizarra, 3:1, sin percatarse de la vergüenza que les había hecho pasar a los dos.

Stanley fue arrestado aquel mismo día.

Miró al policía que estaba desplomado en su asiento y se preguntó si estaría dormido. Como llevaba gafas de sol, Stanley no le veía los ojos.

Stanley no era mal chico. Era inocente del delito por el que lo habían condenado. Simplemente, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

¡Y todo por su tatarabuelo-desastre-inútil-ladrón-de-cerdos!

Sonrió. Era una broma de familia. Cuando algo salía mal, siempre le echaban la culpa al tatarabuelo. Se decía que su tatarabuelo le había robado un cerdo a una gitana que tenía una sola pierna, y ella le había echado

una maldición a él y a todos sus descendientes. Stanley y sus padres no creían en maldiciones, claro, pero cuando algo salía mal daba gusto poder echarle la culpa a alguien.

Y las cosas salían mal muchas veces. Parecían estar siempre en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Miró por la ventanilla hacia la desolada inmensidad, contemplando el sube y baja del cable telefónico. En su mente oía la ronca voz de su padre cantándole suavemente:

*«Ojalá, ojalá», suspira el pájaro carpintero,
«la corteza del árbol fuera un poco más tierna»,
mientras el lobo espera, hambriento y solitario,
llorándole a la luuuuuuuuuuuuuna.
«Ojalá, ojalá».*



Era una canción que su padre solía cantarle. Tenía una melodía dulce y triste, pero la parte favorita de Stanley era cuando su padre aullaba la palabra «luna».

El autobús cogió un bache y el policía se enderezó, despierto al instante.

El padre de Stanley era inventor. Para ser un inventor con éxito hacen falta tres cosas: inteligencia, perseverancia y un poquito de suerte.

El padre de Stanley era muy listo y tenía un montón de perseverancia. Cuando empezaba un proyecto, trabajaba en él durante años, a veces pasándose varios días seguidos sin dormir. Pero no tenía ni pizca de suerte.

Cada vez que fallaba un experimento, Stanley le oía maldecir a su tatarabuelo.

El padre de Stanley también se llamaba Stanley Yelnats. El nombre completo de su padre era Stanley Yelnats III. Nuestro Stanley es Stanley Yelnats IV.



A todos en la familia siempre les había gustado que «Stanley Yelnats» se escribiera igual de delante atrás que de atrás hacia delante. Por eso, siempre le ponían Stanley a sus hijos. Stanley era hijo único, como todos los Stanley Yelnats anteriores.

Y había otra cosa más que todos ellos tenían en común. A pesar de su malísima suerte, nunca perdían la esperanza. Y, como decía siempre el padre de Stanley, «del fracaso se aprende».

Pero quizá aquello también fuera parte de la maldición. Si Stanley y su padre no conservaran siempre las esperanzas, no les dolería tanto cada vez que sus esperanzas acababan pisoteadas en el suelo.

«No todos los Stanley Yelnats han sido unos fracasados», decía a menudo la madre de Stanley, cuando su marido o su hijo se sentían tan abatidos que empezaban a creer en la maldición. El primer Stanley Yelnats, el bisabuelo de Stanley, había hecho una fortuna en la bolsa. «No pudo haber tenido tan mala suerte».

En aquellos momentos se le olvidaba mencionar la mala ventura que le acaeció al primer Stanley Yelnats. Perdió toda su fortuna cuando se trasladaba de Nueva York a California. Su diligencia fue asaltada por la forrajida Kate «Besos» Barlow.

De no haber sido por eso, la familia de Stanley estaría viviendo en una mansión en la playa de California. En cambio, vivían apiñados en un apartamento pequeñísimo que olía a goma quemada y a pies.

Ojalá, ojalá.

El apartamento olía así de mal porque el padre de Stanley estaba intentando inventar una forma de reciclar zapatillas de deporte. «La primera persona que les encuentre una utilidad a las deportivas viejas», decía, «será un hombre muy rico».

Y precisamente este último proyecto fue el que condujo a la detención de Stanley.

El autobús avanzaba dando tumbos. La carretera ya no estaba pavimentada.

La verdad es que Stanley se quedó impresionado al enterarse de que su bisabuelo había sido asaltado por Kate «Besos» Barlow. Hombre, habría preferido vivir en la playa de California, pero de todas formas era una chulada que una salteadora famosa le hubiera robado a un pariente tuyo.

Kate Barlow no llegó a besar al bisabuelo de Stanley. Eso sí que hubiera sido genial, pero Kate solo besaba a los hombres que mataba. En cambio, le robó y lo dejó abandonado en mitad del desierto.

«Tuvo suerte de haber sobrevivido», indicaba rápidamente la madre de Stanley.

El autobús aminoró la marcha. El policía gruñó estirando los brazos.

–Bienvenido al Campamento Lago Verde –dijo el conductor.

Stanley miró a través de la sucia ventanilla. No veía ningún lago.

Y tampoco había mucho verde.